

Las Torres del Parque y Laura.

Salomón Kalmanovitz

Me mudé a las Torres del Parque en octubre de 1982. Estaba en la mitad del pantano de una separación, cuando uno cree que no ha hecho lo suficiente para salvar la relación y se siente más culpable aún porque abandonó a los hijos. Los primeros muebles que compré en Bima fueron entonces unas camas gemelas para los dos muchachos y un pequeño comedor de 4 puestos. Me quedé con un equipo de sonido que reposaba en el piso y en vez de muebles de sala había un solitario colchón. Andaba también en la fase de la huida hacia delante que me conducía a una desordenada búsqueda donjuanesca. El día que me mudé me di cuenta que se atenuaba mi culpa y entraba en una fase de conflictiva curación. Ocupé el apartamento 511 de la torre C.

Las torres del parque eran una ilusión para mí porque allí vivían muchos intelectuales, artistas y, en especial, Laura Restrepo antes de que se perdiera en la militancia de la Cuarta Internacional trotskista que le respondía al aventurero argentino Nahuel Moreno. Todo el comité ejecutivo y el comité central del Partido Socialista de los Trabajadores estábamos enamorados de Laura. Su apartamento en el piso 23, cuyo segundo piso carecía de paredes, estaba lleno de objetos bellos, botellitas azules y de otros colores, antigüedades y planchas de carbón que nos rodeaban en nuestras largas discusiones ideológico-políticas que tuvimos entre 1973 y 1977. Un respiro lo daba el panorama del sur-occidente de Bogotá, con sus barriadas obreras y fábricas donde vendíamos el periódico Revolución Socialista. Desde lo alto de la torre C, mientras sorbíamos el té darjeeling, el entorno se veía plácido, cuando sabíamos de sus conflictos y de la dificultad para difundir nuestras ideas y programa entre ellas. Laura era cuñada de Daniel Samper, quien vivía en el mismo piso, y era entonces el valiente abanderado del periodismo investigativo en el país. A su otro cuñado, Ernesto, Laura le pasaba toda la literatura trotskista que producíamos y este la devoraba pues eran cosas que nunca le enseñaron en la Javeriana.

En 1979 renuncié a mi militancia política y la ausencia de sacrificios cotidianos me llevó a una intensa somatización. Había además mucha represión durante esta fase en que la administración Turbay le apostó a que liquidaba a la guerrilla de esa manera y andábamos bastante paranoicos con buena razón, por lo cual me embarqué para Inglaterra durante un año. Laura se había ido para España a militar en la Cuarta que procuraba radicalizar la transición a la democracia que vivía la maternal patria y después había sido enviada a la Argentina para finalmente ser castigada por la dirección del partido, siendo enviada literalmente a la Patagonia.

Consideraba que no merecía vivir en las Torres no sólo por lo magro de mis logros intelectuales sino porque me sentía pobre y abrumado por las perspectivas de pagar la alimonia. Pero necesitaba salirme de mi apartamento y se me dio por mirar el C-511 que se anunciaba en venta un señor Vergara a quien le advertí que no contaba con los recursos para adquirirlo. Él me preguntó que cuanto plata tenía y al informarle me dijo que era suficiente – estábamos entrando en una intensa recesión y los precios de la propiedad raíz habían caído bastante - y me quedaba justo a mi medida con un préstamo Upac que escogí de cuota fija. Miro hoy la escritura del apartamento que está firmada por la gerente de la Corporación, Noemí Sanín, y costó \$3.000.000. Traído a pesos del año 2002 equivale a

unos \$105 millones, lo que no está lejos del valor actual de nuestras propiedades después de la gran recesión de 1998-1999.

Poco a poco fui saliendo de mis problemas afectivos y económicos. Conseguí algunas consultorías, fui promovido en la Universidad Nacional y mis publicaciones me procuraban derechos de autor. Me decanté del desorden con una novia también recién separada pero que decidió salvar su matrimonio y me dejó. Su matrimonio no tenía salvación y nos volvimos a ver mucho después, ya sin muchos ideales. Me acuerdo de una fiesta en mi apartamento a mediados de 1983 – ahora contaba con unos muebles de sala viejos pero bonitos que me había enviado mi familia desde Barranquilla - donde llegó Chucho Bejarano con dos niñas, estudiantes del Externado, y me ofreció que me las cambiaba por mi efímera novia, transacción que obviamente no me interesó consumir.

La presidencia de Belisario Betancur fue un respiro importante de la fase represiva anterior porque terminó de virar a favor de un acuerdo político con las distintas organizaciones guerrilleras. Laura volvió de la Argentina a fines de 1983, renunciada también de la política, con marido exmilitante y un hijo con quienes se instaló de nuevo en las torres en uno de los penthouses de la Torre A. Eventualmente se fue a vivir al Norte de la ciudad y recomenzó su carrera en la revista Semana. Ya éramos menos amigos que antes pero aún así me arregló un encuentro con Sylvia Duzán con quien de allí en adelante compartí 7 años muy felices, siempre en el apartamento 511.

Si se acuerdan, Belisario depositó toda su confianza en Laura y la nombró veedora del proceso de paz con el M-19, pero ella se fue con Navarro Wolf a Cuba cuando este sufrió un atentado, salvándole la vida. Después publicó un libro feo contra el gobierno de Belisario, **Historia de una traición**, que recientemente ha re-editado con el nombre de **Historia de un entusiasmo**. Hubiera podido tildarlo “Historia de una pulsión”.

Muchos años después, en 1997, adquirí un penthouse de la misma torre C al magistrado Vladimiro Naranjo, quien también emigró para el Norte, y escalé físicamente junto con mi carrera desde el 511. Le hice unas reformas al apartamento ideadas por el arquitecto Enrique Uribe para tener una cocina integrada a un comedor que hasta entonces era un curioso dormitorio con baño, posiblemente un cuarto de servicio ideado por la democrática imaginación de Rogelio Salmona, que se interponía entre la cocina y la sala-comedor. Un día invité a Rogelio a que le diera el visto bueno a mis mejoras y no estoy seguro si le gustaron pero tampoco se mostró ofendido. Los colores vivos lo hacen un sitio alegre y acogedor, el sol lo calienta por todos sus costados durante el día y contemplo el mismo panorama que veía desde el apartamento de Laura, pero ya no me despiertan inquietudes las barriadas obreras y las fábricas, pero sí lo hacen los nuevos, crecientes y lejanos tugurios de Ciudad Bolívar.

Recientemente me ofrecieron que me compraban el 511 pero uno de mis hijos está ilusionado con vivir en él, así que decidí conservarlo. Laura, quien se ha vuelto una novelista de *best sellers*, también decidió volver a las Torres hace poco, como si intentara recuperar el pasado.

Postcripto: esta nota se colgó en las carteleras de las torres, a propósito de los 40 años de inaugurada, en 2002. Y Oh sorpresa. Laura leyó mi pequeño y turbio homenaje. Me dejó en mi casillero una de sus noveletas más rosas con la siguiente dedicatoria: “para Salo, por lo que fue”